

Allen Jones, *Muchacha de encargo*, 1971

Identidades de asignación, identidades de elección

Transexuales, gays y lesbianas en la polémica sobre la cuestión de género

texto de **Laurentino Vélez-Pelligrini**

Tercera y última entrega en torno a la identidad de género y la transexualidad, Vélez-Pelligrini vincula aquí la lucha de los transexuales con la posición, defendida también desde la teoría *Quer*, de que las identidades deben ser electivas, y no simplemente asignativas, lo que implica un proceso de desconstrucción y reconstrucción de dichas identidades.

Las minorías sexuales han dado de sí durante los últimos años una imagen aparentemente homogénea, sobre todo debido a la visibilidad urbana y mediática de las redes de sociabilidad popularmente conocidas como el “Ambiente”. Una panorámica pública general que ha reforzado en muchas ocasiones los mitos sobre el comunitarismo gay y lesbiano y alentado de paso la hipótesis de un mecanismo de autorrepliegue territorial en guetos barriales con la orientación sexual como elemento vinculante. A pesar de todo, esa homogeneidad ficticia ha ocultado bajo tierra la existencia en realidad de un amplio abanico de disidencias y discrepancias. Los transexuales se han visto confrontados a formas de violencia simbólica legitimadas por el poder político, así como a ciertas representaciones sociales y culturales tendentes a reproducir y perpetuar los mecanismos de su propia discriminación. Pero esa doble sumisión a la presión transfóbica y homofóbica no puede hacer pasar por alto que la relación conflictiva que este colectivo mantuvo con la sociedad nunca dejó de verse complicada por las propias controversias con las diversas orientaciones y sectores del movimiento gay y lesbiano. En efecto, la visibilidad del transexual tuvo una repercusión directa en la percepción que

la misma sociedad se hizo durante décadas de la homosexualidad y que quedará sintetizada en la figura del hombre amanerado y sobre el que la injuria homófoba hará caer apodosos femeninos desde su más temprana adolescencia. Aún así, el hecho probado es que transexualismo, homosexualidad masculina y lesbianismo han tenido unas fronteras de demarcación que cada uno de los tres colectivos se afanó en realzar. Cosa que desembocó en no pocas polémicas entre todos estos grupos identitarios, mal definidos, pero siempre celosos de su propia trayectoria.

La paulatina desaparición de la *loca* en el espacio social, prototipo dominante en la década de los 50, tuvo una repercusión directa respecto al sitio que les iba a tocar ocupar a los transexuales dentro del proceso de visibilización de las minorías sexuales, determinando de paso una tormentosa dialéctica con toda una nueva generación de activistas de pelo corto, bigote bien poblado, vestidos con camisas de cuadros y tejanos ceñidos resaltando voluminosos atributos sexuales. El advenimiento de los años 70, época de virilización del hombre gay y de alzamiento de la estética *Village People* y *Queen*, de los *comic-trip* de Tom of Finland y el imperio de un nuevo *look* dominado por el

cuero, el porte de macho y las fantasías eróticas alrededor de la simbología militar, va a ser caldo de cultivo para los enfrentamientos entre varones homosexuales que disocian ya sus roles de género y su orientación sexual y un colectivo transexual que vive todavía en una profunda ambigüedad respecto a su propia identidad. En Cataluña, embrión de la lucha gay en España, las trifulcas en el seno del FAGC no cesaron de multiplicarse apenas fundado el movimiento entre aquellos que optaban por la representación más clásica de la masculinidad y los que seguían reivindicando la herencia de la cultura *camp* y las actitudes provocadoras, deslenguadas y agresivas ante una sociedad culturalmente vertebrada en base a una relación dicotómica y excluyente del género y de la sexualidad y proclive a escandalizarse con facilidad ante la ruptura de los esquemas establecidos. Tiempo de lucha por los derechos civiles con la abolición de la franquista Ley de Peligrosidad Social en el punto de mira, los transexuales acabarán perdiendo la batalla del debate político, en medio de acusaciones de folklorismo estéril y contraproducente, imponiéndose una nueva imagen del gay que se irá consolidando a lo largo de la década de los 80.

No hay acuerdo entre los teóricos sobre si esa virilización hacia la que transitó el colectivo gay supuso en realidad una claudicación cultural, quedando asumida de forma pasiva una identidad de género impuesta desde el hetero-simbolismo, o si en cambio entraba en una clara dinámica desconstruccionista movida por un afán de ridi-

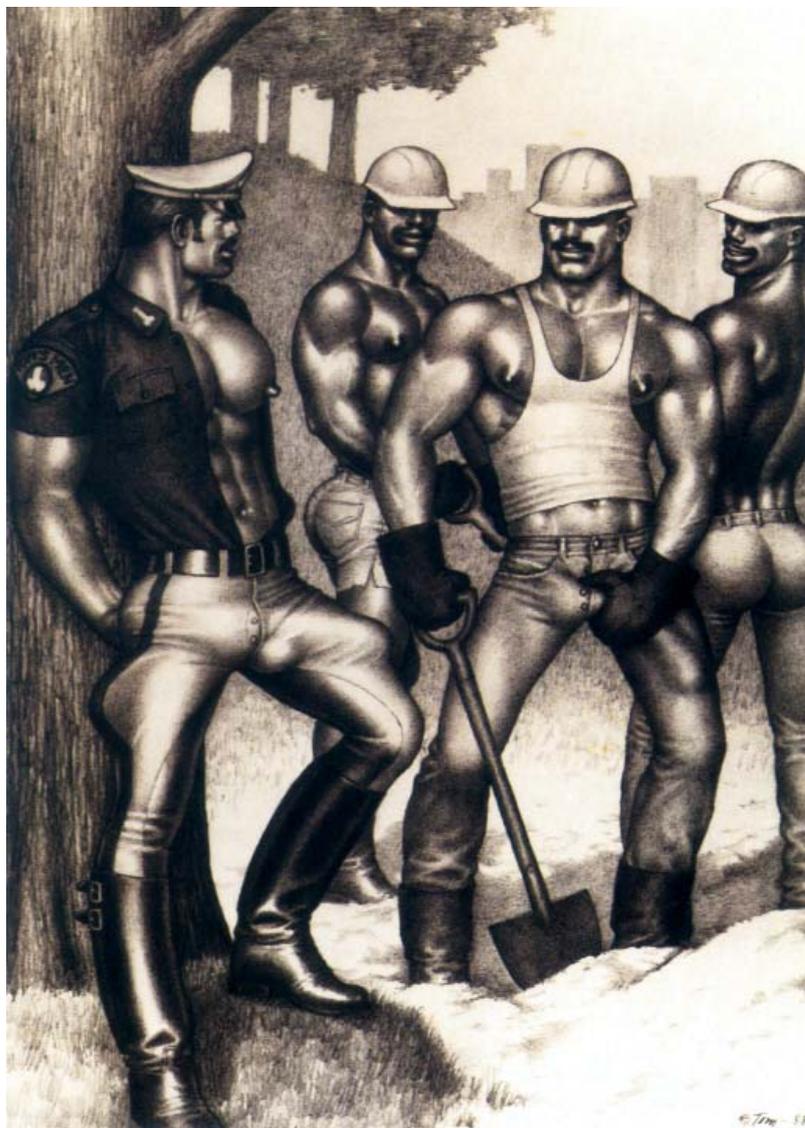
Transexualismo, homosexualidad masculina y lesbianismo han tenido unas fronteras de demarcación que cada uno de los tres colectivos se afanó en realzar.

culización de las tradicionales visiones sobre la hombría y la virilidad. Cuando el desaparecido líder del FAGC Germà Pedra afirmó que no había nada más revolucionario que un gay con traje y corbata, su única pretensión era operar, efectivamente, un proceso de desmitificación del hombre “de orden”, prepotente, predador y mujeriego. Tiempo de gloria del estructuralismo, de las diversas teorías de la cosificación y de lo que vino a denominarse la Escuela de la Sospecha, el movimiento gay elegirá, influido por estas corrientes intelectuales, la denuncia de todas aquellas representaciones simbólicas y dicotómicas en las que verá el origen de la opresión histórica de las minorías sexuales. La

heterosexualidad y la homosexualidad son puras invenciones de la psiquiatría y el papel de activo o de pasivo en las relaciones sexuales no es otra cosa que una reproducción doméstica de las formas de explotación en las que se basa el capitalismo. Tiempo de grandes debates políticos, ideológicos e intelectuales, estas ideas quedaron reflejadas en el famoso *Manifest* fundacional del FAGC.

Un buen reflejo de la mutación identitaria y estética experimentada por los gays de los 70 fue la mítica, y muy atrevida para la época, revista *Party*, primera gran publicación gay en nuestro país y en cuyas páginas aparecerán triunfantes chichos en calzoncillos, y que desde luego ya no invocan a la *loca* con bolso y pestañas recargadas de rimmel, sino más bien al vecino recién casado o al mecánico de la esquina. Desde la pantalla los pornógrafos gays de finales de los 70 y principios de los 80 estuvieron en la misma onda, poniendo en escena lo que Tom of Finland ya había impreso sobre el papel. Época en la que iba a verse catapultado hacia la gloria un popular artilugio casero (el videocassette), los pornógrafos eran conscientes de que sus productos no se harían con una cuota de mercado en este sector si no vendían las fantasías sexuales hundidas en el más profundo subconsciente de muchos gays: el polvazo con el macho semental y violador. Dos viriles, musculosos y superdotados hombres enredados entre las sábanas daban concreción real a sueños por lo visto irrealizables, pero además otorgaban carta de validez a la tesis de quienes habían luchado contra los estereotipos alrededor de la *loca* siempre sexualmente pasiva y ansiosa de “ser dada por el culo”. Escenas como las de dos camioneros practicando el sesenta y nueve y procediendo a una dolorosa penetración en la parte trasera de la cabina del trailer confirmaba lo sospechado: “que hasta el más macho de los tíos era capaz de tragársela doblada y colocarse a cuatro patas”. La pornografía revolucionará por otra parte los ritos del acto sexual, inspirando a muchas parejas de homosexuales, siempre tentadas por convertir su vida íntima en una copia compulsada de las parejas heterosexuales: tríos, cuartetos, intercambios de parejas, sadomasoquismo y voyeurisme fueron muchos de los productos puestos en el mercado por eso que se vino a llamar la “industria del sexo”. Sin embargo, detrás de una innovadora gestión de los placeres a través de gesticulaciones y posturas de lo más rebuscadas, había un discurso político claro. El hecho de que los actores porno se disfrazasen de *Rambo* o se pusiesen el ornamento de un teniente coronel enmedallado, protagonizando escenas de sexo con jóvenes asiáticos en plena selva o con reclutas

recién llegados al cuartel, no era en absoluto inocente, puesto que reflejaba una intencionalidad discursivamente transgresora respecto a los roles masculinos y las relaciones de poder entre los propios hombres. Los directores más intelectualizados, vanguardistas y políticamente comprometidos se habían implicado en las controversias sobre la naturaleza del movimiento gay, que se había dividido en dos bandos: los seguidores de Michel Foucault y los de Guy Hocquenheim. Para Foucault, en contra de lo que pudiese pensar Hocquenheim, la singularidad del movimiento gay no había consistido en realidad en la Revolución Sexual (el recuerdo de la Antigüedad y de la sodomía como práctica normalizada privaba de novedad a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo) sino en la reivindicación del derecho de dos hombres a amarse en una sociedad que había hecho de la violencia entre los varones uno de sus elementos inherentes. En ese sentido la pornografía fue fundamentalmente foucaultiana en cuanto a la visión del movimiento gay, porque en realidad detrás de escenas que daban la impresión de reproducir la bestialidad sexual con la que siempre se había relacionado a los hombres desde el campo feminista (incluidos los propios homosexuales) había en el fondo una profunda crítica cultural a las viejas representaciones sobre la identidad masculina y la cultura falocrática. En los años 90 saltaron de hecho al estrellato ciertos actores porno, chicos guapos, atléticos, superdotados y sexualmente superactivos, que no sólo rompían moldes respecto a la cultura coital heterosexual (el mito del pene desvirgador, depositario de la semilla de la vida y garante de la reproducción de la especie), sino que además dejaban fuera de juego la imagen del gay seropositivo, físicamente degradado y condenado a la muerte por su inmoralidad y perversión. Figuras comerciales, estos campeones del amor y del placer, presentes en todos los sex-shop y objeto colectivo de fantasía sexual entre la comunidad homosexual masculina, acabarán reflejando sin embargo el aflojamiento



Tom of Finland, *Leñadores*, 1988.

del compromiso político de la pornografía, a la par de la propia consolidación de los grandes intereses económicos y financieros de la "industria del sexo". Pero al margen de esta evolución mercantilista de la sexualidad ya profetizada en su momento por Marcuse, mal puede negarse el papel desempeñado por el cine pornogay en la revisión de las formas de gestión de la corporalidad y todos sus aspectos rituales y simbólicos.

El nuevo panorama político, cultural e intelectual de los 70 puso de manifiesto que las tensiones de los gays de dicha década con el colectivo transexual habían estado me-



Frida Kahlo, *Dos desnudos en un bosque*, 1939

nos relacionadas con una voluntad de integración en un universo preestablecido, como con el afán de disputarle a los hombres heterosexuales un discurso sobre la masculinidad de cuyas raíces emanaba la misma homofobia. Resulta difícil ignorar que la violencia del varón heterosexual contra el homosexual está en relación con ese mismo monopolio del discurso legítimo sobre lo que debe entenderse por “un hombre” y que la brutalidad de la propia violencia homófoba (tanto en sus expresiones físicas como simbólicas) es incluso por momentos de mucha mayor intensidad que la ejercida sobre las mujeres. La lesbifobia no está ausente del vocabulario y de las actitudes del hombre heterosexual, pero el afán por “machacar al marica”, el famoso “par de hostias si te arrimas a mí”, tiene sobre todo una función de castigo implacable por un delito de “traición de género”. Oscar Guasch es justamente autor de un nuevo y provocador libro en el que cuestiona la unilinealidad de la discriminación de género, arguyendo que la Razón patriarcal no ha tenido como únicas víctimas a las mujeres, sino a los propios hombres.

Es cierto que los trabajos de deconstrucción por la vía de la reapropiación de la identidad masculina por parte de

los gays se ha ido quedando con el tiempo como un tema casi de exclusividad académica y en un ejercicio de gimnasia intelectual reservado a los pocos privilegiados integrados en los círculos académicos de la sociología de la sexualidad y del cuerpo y de lo que serán más tarde los *Gays and Lesbian Studies*. La realidad cotidiana de todos los días, sobre todo después del desmembramiento de las luchas de finales de los 70, atestigua una resubida notoria de una crueldad homófoba entremezclada con el racismo y la xenofobia al encuentro de los transexuales, escandalosamente interiorizada y practicada por momentos por un nuevo modelo de gay narcisista, egocéntrico, “cachas” e inmerso en un consumismo que le alejaba a pasos agigantados de la generación precedente.

La escasa movilización contra las torturas, apaleamientos a manos de jóvenes o bandas de extrema derecha, los asesinatos, cuando no las detenciones y los tratos humillantes por parte de la policía, sin olvidar la actuación de proxenetas y redes mafiosas que aprovechan la situación de clandestinidad de muchos transexuales de origen inmigrante, dejan constancia del aislamiento de este colectivo. El veto a la entrada de los transexuales a ciertos bares de copas gays (quizás no general, pero sí notorio en algunos casos) no dejó de suscitar un agudo debate sobre la transfobia imperante entre los propios varones homosexuales. Esta nueva situación despertó un contundente sentimiento de marginación política entre el colectivo transexual respecto a un movimiento gay y lesbiano animado por unos líderes obsesionados por el “integracionismo” asimilacionista. Lo que llevó a muchos transexuales a darse su propia vida organizativa y reivindicativa, sobre todo bajo el liderazgo de una nueva generación de dirigentes ya sin relación con el universo del espectáculo de los 70, pero en cambio profesional, intelectual y culturalmente muy bien formados y con un discurso político de adecuada estructuración.

Muestra de esa capacidad de organización política ha sido la creciente proliferación de asociaciones en la gran mayoría de las Comunidades Autónomas, estando en la vanguardia de todos ellos la asociación madrileña Transexualia, el Colectivo de Transexuales de Cataluña y, cómo no, el Grup d'Identitat de Genere i Transexualitat del Col·lectiu Lamba. A lo que hay que añadir otras iniciativas, como la Fundación por la Identidad de Género y, por supuesto, el salto a la arena política durante los últimos años de figuras carismáticas como Carla Antonelli. En la escena internacional cabe resaltar personalidades como la científica e ingeniera Lynn Conway, transexual norteamericano, quien ha ejercido un gran liderazgo y mantenido una aguda polémica con los representantes de la psiquiatría y la biomedicina más reaccionarios alrededor de la cirugía de reasignación de sexo. En el combate contra la medicina más tradicional en relación a esta cuestión han estado también las periodistas Andrea James y Calpernia Addams, quienes con su esfuerzo lograron movilizar a una parte de la opinión pública más progresista norteamericana contra las tesis transfóbicas desarrolladas a la par de la oleada de conservadurismo en Estados Unidos. Con un discurso no sin dificultades para dejarse oír, sobre todo a raíz del monopolio de la palabra pública que han ido ejerciendo los triunfantes sectores *asimilacionistas* del colectivo gay, los transexuales han logrado afirmar una personalidad social propia. Signo de ello ha sido por ejemplo la designación del 17 de Junio como Día Internacional de la Lucha contra la Transfobia.

A contracorriente de lo que pueda intuirse, las relaciones de los transexuales con el movimiento lesbiano tampoco fueron las más óptimas, eso a pesar de que en principio los primeros podían haberse sentido más identificados con las segundas, tomándolas incluso como palanca compensatoria frente a una cada vez más acentuada falta de sintonía de unos varones que habían aparcado la *pluma*. Los desencuentros entre lesbianas y transexuales tienen su origen en los propios años 70, periodo de pleno apogeo de las editoriales y las colecciones feministas en Francia y de los *Gender's Studies* en los Estados Unidos. Tiempo de cuestionamiento de los roles sociales, de la explotación de las mujeres en el ámbito doméstico y de las relaciones de poder en el marco de la institución matrimonial, la figura del transexual no puede otra cosa que suscitar recelo. Las lesbianas francesas fueron pioneras en el combate contra la transexualidad mucho antes que las norteamericanas, como lo reflejan por ejemplo los violentos enfrentamientos retóricos entre las *Gouines*

Rouges, reagrupadas alrededor de la emblemática Marie Jo Bonnet, y el movimiento de las *Gazolines*. Desde algunos sectores del feminismo radical se arguyó que la transexualidad no encarnaba otra cosa que un camuflaje de la dominación masculina de la que eran copartícipes los propios gays. Considerados como usurpadores de identidades, las *Gazolines* son abiertamente acusados de reproducir el avasallamiento de las mujeres, secuestrando su voz y legitimando la idea de que lo único que caracterizaba a la fémina era la envidia del pene. Esta acusación emanará de la tesis (muy difundida entre el feminismo lesbiano más intransigente) de que las reticencias al cambio de sexo por parte de los transexuales no era el producto de una simple angustia ante las consecuencias médicas de una intervención quirúrgica (pero que en cambio podía tener la ventaja de convertirles en mujeres), sino la confirmación de la negativa a renunciar a las parcelas de poder falocrático de la que también disfrutaban los transexuales por muy femeninos que se pretendiesen. En Estados Unidos esta idea fue llevada al extremo por la feminista Janice G. Raymond, con su obra *El imperio transexual*. Desde otras corrientes del feminismo lesbiano la diana fue otra y contra lo que se apuntará será contra unos transexuales que empezarán a ser considerados como nuevos carceleros simbólicos. El hecho de que un hombre se pusiese zapatos de aguja, vestidos de noche

El Sida produjo un claro distanciamiento del lesbianismo respecto al movimiento feminista radical y culturalista.

despampanantes e incómodos, pelucas sofisticadas, sujetadores, barra de labios y collares de perlas no tenía nada de transgresor. Todo lo contrario, volvía a perpetuar el mito del eterno femenino y a legitimar todo aquello contra lo que las feministas lesbianas (junto a las heterosexuales) habían luchado bajo el lema *¡¡Quemad los sujetadores!!* Fueron las corrientes del FAGC reagrupadas alrededor de Armand de Fluvià quienes recuperaron buena parte de la crítica francesa y norteamericana ante el travestismo, suscribiendo la tesis de una opresión por delegación de las mujeres y por añadidura de unos gays sistemáticamente estereotipados como mujeres fallidas. En nuestro país, teóricos *Queer* de la nueva ola, como el propio Alberto Mira, y en Estados Unidos teóricas

tan importantes e influyentes como Judith Butler, han refutado las tesis del estilo de las que habían sido defendidas por Bonnet en Francia y Fluvià en España, exaltando en cambio la virtud de un juego identitario travestista que desbarajustaba todas las representaciones simbólicas y que, al contrario de lo argüido por las feministas más radicales, ponía patas arriba las identidades y los roles de género estandarizados.¹

A partir de los años 90 estas controversias de corte teórico, muy atractivas desde el punto de vista intelectual pero políticamente contraproducentes, empezaron a apagarse a medida que se iba poniendo frente a las minorías sexuales una cruda realidad: el Sida. La pandemia tuvo un efecto ambivalente, porque si por un lado arrasó de forma indiscriminada y dramática diversos grupos provistos de sexualidades “alternativas”, por el otro guardó el mérito de reincentivar una conciencia política colectiva que origi-

La teoría *Queer* ha despertado no pocos debates dentro y fuera del movimiento gay y lesbiano.

nará uno de los movimientos sociales más importantes y originales jamás conocidos desde la crisis de los Nuevos Movimientos Sociales del Post-Mayo del 68, y eso tanto en los países anglosajones como en Francia. En efecto, el recrudecimiento de la homofobia que conllevó el Sida no sólo produjo un claro distanciamiento del lesbianismo respecto al movimiento feminista radical y culturalista (empezándose a superar el litigio de las lesbianas con el movimiento gay), sino que además dio por zanjada la propia polémica de los homosexuales varones con los transexuales. La impiedad con la que el VIH golpeó a este último colectivo y al mismo mundo de la prostitución al que había sido cruelmente abocado, así como a otros grupos muy vulnerables ante la enfermedad como fueron la población de las instituciones penitenciarias o los toxicómanos, llevó al movimiento de lucha contra el Sida hacia el tratamiento de temas transversales, que es lo que hizo su centralidad y popularidad en la sociedad. El clientelismo político y la eterna debilidad de la sociedad civil y de los movimientos sociales volvió a hacer de nuestro país una “excepción española” que no dejó a los transexuales otro remedio que darse su propia voz y atender a sus propias problemáticas.

Los debates de tipo teórico en los que se han entremez-

clado la crítica cultural y la reivindicación política han sido de una gran intensidad entre nuestros vecinos europeos del norte y los Estados Unidos, sobre todo después de que el interaccionismo simbólico diese cara y voz a los transexuales mediante el método de la Historia de vida. Pionero fue en ese sentido el trabajo clásico de Garfunkel sobre *Agnes*, un transexual de diecinueve años y a través de cuyo periplo Garfunkel intentó demostrar la distancia entre el proceso de sexualización legítima (que se basaba en un modelo dicotómico culturalmente impuesto) y la subjetividad de la persona. En España los debates no han tenido la misma fuerza, estando ello en relación directa con la ausencia de una tradición académica bien consolidada y con la propia demora a veinte años vista de todas las grandes discusiones que suelen sacudir los departamentos de las universidades europeas o norteamericanas. Prueba de ello es que, dejando aparte la icónica compilación de Alberto Cardín, *Chamanes, guerreros y travestis*, la cuestión de la transexualidad no empezó a ser objeto de investigación universitaria seria y sistemática desde el ámbito de las ciencias sociales hasta bien entrados los años 90, sobre todo de la mano de gente pionera como los antropólogos José Antonio Nieto y Ester Núñez y bajo la batuta de una tortuosa emergencia de los *Gays and Lesbian Studies* y del movimiento *Queer* en nuestro país.

El movimiento intelectual *Queer* han sido una fuente de apoyo significativo de los colectivos de transexuales e intersexuales, sobre todo en la medida en que ha brindado una elaboración teórica tomando como base la denuncia política y cultural contra toda una determinada organización simbólica de la vida colectiva, de las relaciones entre los géneros y de la gestión del erotismo y la sexualidad. Surgida en Estados Unidos en los albores de los años 90 desde una relectura del post-estructuralismo francés como punto de arranque, la teoría *Queer* ha ido debatiendo a lo largo de los últimos quince años sobre el sentido o el sinsentido, la pertinencia o la improcedencia de reafirmar identidades que los grupos dominantes habían naturalizado y utilizado contra los propios individuos. Es en la ola de dicho interrogante que en un comentado coloquio sobre identidad sexual e identidad de género, la indómita y famosísima teórica feminista y lesbiana Monique Wittig llegó a tomar como hilo conductor de su ponencia la idea de que las lesbianas en realidad no eran mujeres. En el turno de preguntas un hombre que se encontraba entre el público jugó al sarcasmo y dirigiéndose directamente a ella le preguntó: “¿Entonces si dices que vosotras, las lesbianas, no sois mujeres, quieres decir por lo tanto que no

tenéis clítoris?”. En el tono provocador que le es característico, Monique Wittig le contestó de forma afirmativa: “Yo, en efecto, ni tengo clítoris, ni lo quiero tener, porque siempre he pensado que el paso previo para escapar a la dominación de los hombres es impedirles que tengan sitio alguno por donde metértela”. Principal representante de lo que se suele conocer en el ámbito de los *Gays and Lesbian Studies* como corriente *constructivista*, no cabe duda de que aquellas manifestaciones, que hicieron época, no tenían otro cometido que el de llevar hasta sus últimas consecuencias una idea esencial: que los hombres y las mujeres, así como el cuerpo en el que han quedado encerradas sus subjetividades, no son en absoluto obra de una divina providencia sino de las deliberadas exigencias de la cultura. Como dirá la también teórica *Queer* Judith Butler, los hombres y las mujeres no remiten a ninguna esencia de la creación cuya origen estaría en el mito teológico de la costilla de Adán, ni tampoco a una sabia naturaleza que habría tenido la certeza de dividir a las especies en dos modelos dicotómicos en base a una raíz biológica. Muy al contrario, los conceptos de “hombre” y de “mujer” se limitan a ser puras imitaciones directamente emanadas de un imaginario social que “identitariza” a los individuos desde un bien asentado sistema simbólico aupado por los propios mecanismos de dominación política, social y cultural. Sin embargo, cuando Monique Wittig lanzó su sarcástica frase sobre las lesbianas sin clítoris no faltaron los que se preguntaron cómo la célebre teórica podía haber defendido semejante tesis a la vista de la amplia gama de violencias sufridas por muchas mujeres sobre su propio cuerpo, desde la propia extirpación de clítoris a las niñas procedentes de la inmigración hasta los abusos sexuales sistemáticos e indiscriminados durante las guerras interétnicas en la ex-Yugoslavia, pasando por toda suerte de vejaciones cometidas por maridos o padres contra la integridad física de esposas, hijas, niñas y adolescentes. Nota a tener en cuenta, en numerosos países en vías de desarrollo las lesbianas son sometidas a violación sexual por sus propios hermanos a título de castigo. Incluso algunos hombres, que en principio podían no sentirse concernidos por el asunto, expresaron su sorpresa ante unos propósitos que aunque encerrasen un tono de guasa acababan por no tener gracia tras ser comprobadas sus connotaciones en el terreno práctico: si las mujeres no tienen clítoris, entonces los hombres tampoco poseen falo ni genitales y si carecen de ellos, para qué preocuparse por las descargas eléctricas en sus partes íntimas padecidas por muchos presos políticos a manos de los verdugos de la

dictadura de Videla y de Pinochet. En suma, qué sentido podría tener el enarbolar la dignidad de aquello desprovisto de existencia.

La teoría *Queer* ha despertado no pocos debates dentro y fuera del movimiento gay y lesbiano a raíz de esta recelosa posición alrededor de las cuestiones identitarias. El hincapié puesto por este movimiento intelectual en el proceso de identitarización operado en base a los mecanismos de violencia simbólica está en el origen de esta posición, poco matizada por los propios teóricos *Queer* o malinterpretado por sus críticos. Hecho que ha provocado que, a pesar del carácter políticamente radical de los teóricos *Queer* y de la naturaleza claramente emancipadora del trabajo de desconstrucción, dicha corriente haya rozado por momentos las fronteras de sus adversarios *asimilacionistas*. Afirmar que toda identidad es alienante por naturaleza no solo contribuye a dar argumentos a toda la

La pornografía fue fundamentalmente foucaultiana en cuanto a la visión del movimiento gay.

demagogia política sobre los peligros del gueto, si no que además limita, al menos en el plano teórico, la posibilidad de los actores sociales de pensarse a sí mismos. Durante los últimos años algunos representantes de este movimiento intelectual se han esforzado en aclarar la posición *Queer* y despejar confusiones desde un decidido afán por distanciarse del anti-identitarismo de los sectores respetabilistas del movimiento gay y lesbiano. Desplazar las identidades asignativas en beneficio de las electivas, brindando así la oportunidad a los individuos de reflexionar sobre sí mismos por la vía de un proceso de desconstrucción y reconstrucción identitaria ha sido el objetivo principal de una tradición teórica cuya originalidad no deja ninguna sombra de duda. Es precisamente a través de su lectura que puede entenderse la trayectoria del colectivo transexual, el cual ha demostrado un singular empeño por convertirse en actor social y, por lo tanto, de “invertir” la dimensión alienante de la identidad y mutarla en fuente de subjetividad y proyecto de vida ■

Nota

1. En ese sentido invito vivamente al lector a la lectura de la obra magistral de Alberto Mira, *De Sodoma a Chueca. Historia cultural de la homosexualidad en España*. Ed. Egales, 2004.